

Visión trágica

Era por el mes de agosto; el día era cálido, sofocante; el sol *pesaba* más que otros días.

El taller permanecía en la penumbra; cubierta la entrada por la cortina que *caía* tersa en toda su longitud, sin ondulación alguna, como si el aire hubiera sido *sorbido* totalmente por el *rabioso* sol de aquel día, de ambiente pesado, ardoroso, que se *pegaba* al cuerpo.

La cortina hizo un brusco movimiento empujada por una mano que urgaba para apartarla, y entre los rayos de sol que *ansiosos* invadieron la imprenta «Germinal» por el hueco que dejó la tela, apareció la noble figura de Anselmo Lorenzo, encorbándose ligeramente y respirando con fatiga, con aquel cansancio que le causaba ahogo y desespero.

—Dadme una silla —dijo el maestro—, sino me caigo.

Pasaron ligeros instantes; ya más sosegado y repuesto de su fatiga el anciano, echóse ligeramente hacia atrás y levantando la cabeza, paseó la mirada por el taller.

—¡Uy, y como me he cansado, con cuatro pasos que hay del tranvía hasta aquí! Esto ya parece una imprenta de *debó*—, añadió al mismo tiempo que se afirmaba los quevedos, tras los cuales brillaba aquella mirada intensa, profunda, de sus grandes ojos.

Prendimos la hebra, y la conversación ahogó el *tic, tic*, de las letras al chocar con el componedor.

La presencia de Rodolfo G. Pacheco, el buen literato y compañero argentino, hizo que, entre otras cosas, se hablara de Méjico, de cuyas luchas nos dió noticias interesantísimas por haber estado recientemente en aquella república haciendo informaciones para la importante revista *Fray Mocho*, de Buenos Aires.

—¡Valiente viejo!...—díjome Pacheco, acompañando a estas palabras otra muy clásica y castiza del pueblo bonaerense.

La conversación decayó algo; por unos instantes se hizo general el silencio, que interrumpí yo al preguntar a Lorenzo si había tenido alguna dificultad en encontrar la imprenta, pues era la primera vez que visitaba la «Germinal».

—Ninguna —me contestó—; este trozo de ronda es para mí lo más conocido de Barcelona. Guarda recuerdos que jamás olvidaré...

Aquello despertó mi curiosidad, e instigado por el interés rogué al buen Lorenzo explicara el *suceso*.

—Verás, cuando la represión que capitanearon Portas y Marzo, en aquel terrible año de 1896, yo, como tantos y tantos otros, sufrí un registro en mi casa, seguido de la detención consiguiente. Fué, como siempre, a altas horas de la noche, pues las persecuciones policíacas no tienen virtualidad si no van acompañadas por circunstancias que siembren el terror y la angustia en los perseguidos y sus familias...

Y Lorenzo contónos el *episodio*. Evocó, con su especial manera de explicar cosas y recuerdos de épocas pasadas, aquellos días terribles, cuya memoria todavía sobrecoge de terror a los militantes catalanes.

La sombra de Tarrés y sus bandas, en los tiempos fernandinos en que Cataluña gemía bajo la tiranía del téntrico Conde de España, se extendía sobre la población obrera, atemorizada por la cuadrilla que comandaban los que «cerrando los ojos a la razón» fraguaban la más cruel y cínica de las represiones.

¡Marzo! ¡Portas! ¡Tresols! Nombres fatídicos que nunca olvidará la humanidad libre, como no es posible olvidar el de los victimarios que han existido en siglos pasados.

—Mi casa —continuó Lorenzo—, quedó en un completo desorden cuando salí conducido por los agentes de la autoridad; mis apuntes y papeles, con tanto cariño coleccionados, esparcidos y revueltos por la habitación y mi familia presa del mayor espanto por la suerte que me hubiesen destinado los esbirros a quienes la burguesía había dado carta blanca para hacer y deshacer con la vida y la libertad de los obreros.

Una ligera pausa interrumpió el relato, el cual fué reanudado después de breves instantes de descanso.

—Por demás estará el decir —dijo Lorenzo continuando—, que yo no las tenía todas conmigo, pues los temores de mi familia no dejaban de tener serios fundamentos. Mis inquietudes hubieran sido mayores al haber sabido lo que había de ocurrirme poco después. Ya en la Ronda de San Pablo, al llegar ahí delante —y Lorenzo, con su delgado bastón, señalaba hacia el sitio donde da la calle de Campo Sagrado, un poco más abajo de donde están enclavadas las cocheras de la Compañía de Tranvías, feudo del «célebre» Foronda—, recibí una orden que paralizó la sangre en mis venas...

—¡Adelántese usted solo! —me dijeron.

...No cabía duda; en aquel momento me acordé de la infame Ley Fuga, empleada por el dictador mejicano, el tirano general Porfirio Díaz, para deshacerse de sus desgraciadas víctimas. En aquella época y en aquella hora, solitaria la larga y ancha calle, rodeados de la obscuridad y del silencio de la noche, no era para presagiar nada bueno... y temí por mi vida. Me sería imposible decirte los mil pensamientos que en loco torbellino, envueltos en odio, rencor, indignación y rabia, cruzaron por mi mente en el corto espacio de un minuto. Me vi indefenso, dolorosamente impotente... Como adelanta un condenado hacia el piquete que ha de ejecutarle, eché a andar en dirección de la cárcel, que veía allí cerca, a pocos metros, aunque nunca me pareció tan lejos...

El anciano maestro, ligeramente agitado, se detuvo un instante; el asma *rastreaba* en su torturado pecho; reclamaba un espacio en la conversación. Pasada la fatiga, Lorenzo continuó:

—Cada paso que daba creía había de ser el último, presintiendo la sensación del golpe mortal del plomo fratricida al chocar en mis espaldas, precedido de la explosión de la pólvora. Los pies se clavaban en el suelo, y los nervios, en tensión, atenazaban mis temblorosos miembros y un sudor frío, helado, bañaba con indecible angustia mi rostro. Cuando llegué a las escaleras por las que se desciende a la calle de la Lealtad y vi la fachada de la cárcel, mi vista se fijó en la entrada como el perseguido en la Edad Media debía dirigir la suya hacia la puerta del monasterio en cuyo recinto encontraría la libertad si podía llegar a sus umbrales. No era precisamente la libertad lo que me preocupaba en aquellos instantes, sino mi vida, la que creía seriamente amenazada. Sentí una sacudida nerviosa y un gran deseo de correr para alcanzar la cárcel, ansioso de librarme de la atroz pesadilla que me atormentaba. Felizmente pude contenerme; aquello hubiera sido, quizá, provocar el fatal pretexto... Con el cuerpo inclinado hacia adelante, sin *ver* más mundo que la puerta de aquel edificio de tiranía, salvé la corta distancia que de él me separaba, y ¡por fin! tras-

pasé el zaguán, respirando libremente al verme con vida. ¡Terribles momentos, a fe mía, fueron aquellos! Es la primera vez que he sentido tanta alegría al entrar en la cárcel como al salir de ella.

Calló Lorenzo, quedando como embebido en sus propios pensamientos.

Impresionados por su relato, no nos atrevimos a dirigirle nuevas preguntas y guardamos silencio.

En la imprenta «Germinal» sólo se oía el tintineo de las letras al caer en el componedor, y el *rum, rum*, de la máquina, que en el fondo del local, rodaba incesante, imprimiendo verdades, liberadoras y justicieras, escritas por rebeldes, videntes y perseguidos...

José Negre

Mi cuartilla

Los que conocimos a Anselmo Lorenzo y hemos pasado muchos ratos a su lado pendientes de su cálida y persuasiva palabra y hemos leído sus obras, sabemos quién era Lorenzo y nos escusa decir nada de él a los que se encuentren en las mismas condiciones que nosotros.

Y a los que no se encuentren en estas circunstancias, el mejor elogio que podemos hacer de Anselmo, es decirles: leed y estudiad sus obras y folletos.

Roque Bescós

Huesca.

¡Homenaje a Anselmo Lorenzo!!

¿Qué sería la vida si en su incierta carrera no tuviese un término?...

¡Sería, sin duda alguna, el más horrendo de todos los tormentos!...

Queridos camaradas de TIERRA Y LIBERTAD: Oportunamente recibí vuestra grata carta, y me place manifestaros, que agradecido acepto vuestro cariñoso requerimiento, por el que habéis tenido la bondad de invitarme a asociar mi nombre al *número extraordinario* que TIERRA Y LIBERTAD quiere publicar como sincero y sentido homenaje al finado camarada que en vida fué miembro de esa redacción, al fecundo publicista, al abnegado compañero de cuantos alientan esperanzas de liberación, al viejo y entrañable amigo del que esto escribe, esto es, al infatigable propagandista del ideal de redención, Anselmo Lorenzo.

Aclaración previa

No juzgo el momento muy oportuno, —y supongo que al lector le sucederá otro tanto—, para en estas líneas disertar sobre uno de los múltiples temas que a diario llaman la atención de nuestra pluma, bien sea con el noble propósito de deshacer entuertos y corregir injusticias, ora para tratar bajo el prisma de nuestros ideales temas de reconocida necesidad y trascendencia. Opinando, pues, como dejo dicho, permitaseme dedique estas breves líneas a hablar *de* y *con* Anselmo Lorenzo, cuya pérdida he sentido más, pero mucho más, que si hubiese sido el hermano mío por consanguinidad.

¡Le quería tanto, !

Quando el 1.º de diciembre supe, por telégrafo y con el laconismo aplastante que el sistema emplea, la funesta noticia del fallecimiento de mi viejo y querido amigo Anselmo Lorenzo, prodújome ésta tan tremenda impresión, que durante un

buen espacio de tiempo perdí la noción de todo cuanto me rodeaba y seguramente tal emoción hubiera durado largo tiempo a no recordar —en medio de mi divagación— aquellos hermosos versos del «Manco de Lepanto», que dicen:

«Ven, muerte, tan escondida
que no te sienta venir,
porque el placer de morir
no me torne a dar la vida.»

Pasada la tremenda crisis —todo es forzoso que pase en el mundo— que tan infausta nueva me produjera, dime a pensar en mi entrañable amigo Lorenzo, en mi antiguo compañero de pasadas luchas, en el buen esposo, padre ejemplar y altruista camarada; en el hombre que cimentara su vida sobre cuatro excelsos pilares llamados Amor, Bondad, Optimismo y Altruismo, y, enredado en un intrincado laberinto de conjeturas y deducciones, llegué a formular un interrogante que me pareció de momento una herejía, pero que, ahondando en él hube de preguntarme: ¿Qué sería la vida si en su incierta carrera no tuviese un término?... A interrogación tan abstrusa contesté con presteza y sin eufemismos: ¡Sería, sin duda alguna, el más doloroso y horrendo de todos los tormentos!...

Porque es preciso no forjarse ilusiones. Todos queremos vivir, sí, vivir muchos años para laborar por el ideal y por él luchar como denodados soldados del ejército libertador que ha de liberar a la humanidad; pero ese tan noble deseo ha de ser forzosamente truncado cuando llegue el momento del inesperado término.

Quando el físico del individuo se halla aniquilado por pertinaz padecimiento, y por ende ha de sobrellevar la pesada carga de luengos años, el sufrimiento de éste sería inenarrable y grandiosamente horrible si no viniere a poner término al mismo el cese de la vida.

Quando el complicado mecanismo de nuestra máquina animal se halla gastado por el uso y toda esperanza se circunscribe a que tal desgaste aumente cada día más, ¿no sería horrorosamente triste sujetar al individuo a vivir en una inflexible eternidad de dolor...?

La vida de nuestro compañero y maestro Anselmo Lorenzo hallábase sujeta en gran parte al caso que dejo expuesto, pero, ¡ah!, ¿es que por prevista es menos sentida la irreparable pérdida del amigo querido? No. Díganlo sino las innumerables manifestaciones de pésame sincero y sentido de los anarquistas de todos los países, las del proletariado en general y las de aquellos que aun militando en los diversos partidos políticos de cruda oposición a las ideas que siempre propagó Lorenzo, han sentido su muerte y así lo han hecho constar públicamente por medio de la prensa,

En edad avanzada (73 años), Anselmo Lorenzo ha pagado su obligado tributo al inmenso laboratorio que llamamos Naturaleza.

Con todo y ser, él y yo, dos viejos, dos antiguos y verdaderos amigos, no pretendo en estas líneas, lector amigo, llorar su desaparición. No, nada de eso; no es el llorar la única forma de expresar el sentimiento. Unos antes, otros después, todos hemos de recorrer el trillado camino. Por la edad, no tardaría mucho tiempo el que esto escribe en seguirle en su camino hacia la tierra, pero en estos momentos quiero rendir un sentido tributo de recuerdo a su memoria, que bien merecido lo tiene el hombre que supo ser bueno y cariñoso hasta en las mayores adversidades, que con su propio esfuerzo consiguió ser útil a sus semejantes, y que supo ser, sin eclipses ni vacilaciones, heraldo y paladín del ideal más sublime que concebir pudo cerebro humano.

Y de su labor literaria, ¿qué decir? Bastará con afirmar que durante largos años servirá de sano alimento intelectual a los desheredados y de severa acusación a tiranos, explotadores y farsantes políticos y religiosos. Para éstos, el inolvidable Lorenzo será eternamente su imperturbable y terrible acusador. Para los primeros, para sus hermanos los esclavos del capita-